

La queja de Parker Carrol enviado británico, que critica la pasividad de la Junta reteniendo a sus tropas en la frontera es esencial.

Considera que “formada por la intriga y prepotencia de algunos, la Junta estaba al servicio de los intereses particulares de quienes la integraban” y su actuación fue arbitraria, tanto en lo militar, como en las exacciones tributarias. Por ello abandonó sus obligaciones y se aplicó a regular ámbitos distintos de su objeto. Lejos de respetar y hacer cumplir la legislación vigente, se dedicó a modificarla abusando de su autoridad, manteniendo su carácter soberano aún después de constituida la Junta Central, usando de la fuerza, y marginando a la Audiencia, y al resto de instituciones y privando a los Ayuntamientos de facultades con el nombramiento de gobernadores militares.

Al conocer de los hechos, Jovellanos y Camposagrado manifestaron su indignación contra Romana, a la que se sumó Flórez Estrada y pidieron al reposición de la Junta “constitucional” (histórica) disuelta que para ellos era la General y no la de Armamento, a lo que se negó la Central, remitiendo a Asturias a dos comisionados, Arce y Leiva, militar uno, jurista el otro, para que averiguaran los hechos y emitieran un informe, que llega a finales de agos-

Jovellanos, Flórez Estrada y Camposagrado se indignaron contra Romana y pidieron la reposición de la Junta Constitucional

to de 1810 confirmando las apreciaciones de Romana, pero ya es tarde, a nadie interesa el tema y acaba archivándose. Más adelante los liberales evitan restaurar estas antiguas instituciones en aras a la unidad constitucional.

La versión que había llegado hasta nosotros era la de Jovellanos o Torreno, críticos con Romana. Gracias a los cuidados de sucesivas generaciones de archiveros los documentos que el incidente generó han llegado a nuestros días y pueden consultarse en el Archivo Histórico Nacional a través de Internet. Con estas mimbres se han editado dos libros, uno de la Junta General de contenido estrictamente documental, otro de la Fundación Instituto de Empresa, que preside el actual marqués de la Romana que contextualiza la documentación. En ellos podrá el lector hallar las claves de este proceso que enfrentó a dos protagonistas de los primeros años de nuestra guerra de la Independencia, Jovellanos y Romana, antes amigos.

ñaría la mente de cualquier demócrata (la misma etimología de esta palabra la condenaría).

Creo que hay un punto de inflexión entre estas dos líneas paralelas a modo de denominador común o de convergencia entre estas dos grandes personalidades: su generosidad con Asturias. Desde sus respectivas atalayas nacionales ninguno de los dos se olvidará ni de su región asturiana ni de sus villas natales. Fueron muchos los detalles que estos dos grandes magnates tuvieron, respectivamente, con Salas y con Gijón.

Pero donde su generosidad es proverbial es en todo aquello relacionado con la educación. Una faceta bien conocida y divulgada de Jovellanos, quien creó la primera universidad politécnica de España: su Real Instituto de Náutica y Minerología. Con anterioridad Valdés había apostado también por la educación. Conocía la dureza del trabajo en el campo de nuestros labradores para poder vivir de la agricultura y de la ganadería. Con

Predicciones

El economista cuyo ideal era el pleno desempleo

Eduardo Jordá



El otro día me encontré con un libro que compré hace siglos y que leí en mis años de estudiante. Era de un profesor de economía de una universidad californiana –Berkeley, creo– y se llamaba “Alternativas para el futuro”. En el libro se hacían predicciones sobre lo que iba a ocurrir en el futuro inmediato, hacia 1980. Según el profesor –Robert Theobald, se llamaba–, su ideal no era conseguir el pleno empleo ni el máximo desarrollo del Estado del Bienestar ni ninguna de estas cosas, que para él debían de ser frustrerías. No, su ideal era justo lo contrario: el pleno desempleo. Porque este economista decía que había dinero suficiente en el mundo desarrollado para conseguir que nadie tuviera que trabajar. Y si se seguía una política adecuada –que nunca se explicaba demasiado–, este profesor aseguraba que todo el mundo podría disfrutar de una renta básica que se financiaría con impuestos. Nadie tendría que trabajar, así que la felicidad universal estaba a la vuelta de la esquina. Y hacia 1980, si éramos inteligentes y le hacíamos caso, podríamos haberla alcanzado.

Fue el primer libro de economía que me leí de cabo a rabo, entusiasmado, febril, casi sin poderme creer lo que leía, como si aquello fuera un poema de Rilke o de Eliot. El libro está profusamente subrayado, y no a lápiz, como era lo habitual, sino a bolígrafo, cosa que demuestra que no me podía contener y usaba el primer instrumento para escribir que tuviese a mano, sin preocuparme de estropear las páginas. Me gustaban mucho algunos conceptos que el profesor repetía sin cesar: inventar el futuro era uno, porque el profesor no dejaba de recordarnos que uno podía hacer lo que le diera la gana con su futuro, sin planificar nada, sin preocuparse de consejos ni tradiciones ni expectativas de ningún tipo; y sobre todo, sin pensar que la vida y las circunstancias, y nuestros propios errores y fracasos, iban a ocuparse de inventarnos un futuro que no tuviera nada que ver con el que nosotros nos habíamos inventado. El otro concepto era la “nueva realidad” (“hoy el hombre tiene el poder de hacer lo que quiera”, decía el profesor). Esa nueva realidad permitía la modificación completa del ser humano en cuerpo y alma, o bien la posibilidad de que una combinación de sustancias bioquímicas y de investigación por computadora –que nunca se explicaba, por supuesto– estuviera creando el primer hombre inmortal (“el primer hombre inmortal puede haber nacido ya”, se lee, subrayado en rojo, en la página 28). Pero lo mejor de todo, lo

más interesante, era la propuesta revolucionaria del pleno desempleo y de la retribución universal que nos iba a librar de la maldición bíblica del trabajo. ¡No tener que trabajar en la vida! ¡Una renta permanente para todo el mundo! ¡Una desahogada vida de rentista al alcance de todos! Dios santo, ¡qué maravilla!

Ignoro qué fue del profesor Theobald. La solícita Wikipedia me dice que su vida académica fue cayendo en la oscuridad: los colleges en los que enseñaba se fueron haciendo más pequeños, menos prestigiosos. Después de su jubilación, recorrió Australia dando conferencias, sobre todo entre comunidades rurales, sin mucho éxito, por lo visto. Y murió en 1997, en el estado de Washington, no lejos del lugar donde había vivido Raymond Carver. Las felices predicciones del profesor Theobald, desde luego, no se cumplieron. En 1980, cuando se suponía que íbamos a disfrutar del pleno desempleo, yo estaba trabajando en un instituto, más o menos feliz de tener un trabajo estable, que si bien no me permitía inventarme el futuro ni hacer lo que quisiera, al menos me permitía hacer algunas cosas que no estaban nada mal (viajar, comprar libros, pagar un alquiler). Y casi cuarenta años más tarde, no parece que el hombre inmortal que anunciaba el profesor Theobald haya llegado. Desde luego, en lo que sí acertó fue en su profecía del pleno desempleo. Sólo que este desempleo generalizado no está retribuido ni parece satisfacer a nadie; y más que una bendición, ahora nos suena a amenaza casi apocalíptica.

Pero lo raro es que las ideas del profesor Theobald, por muy equivocadas que estuvieran, parecen haberse puesto de moda, sobre todo entre profesores universitarios y gente muy preparada. Hay diputadas del Parlament catalán –que además son profesoras de Derecho– que dicen que los hijos deberían ser educados en una especie de comuna tribal, para no contagiarles la visión conservadora de la familia tradicional, cosa que al simpático profesor Theobald le habría parecido muy bien: al fin y al cabo, en eso consistía “la modificación completa del ser humano en



cuerpo y alma”. Y mucha gente cree –también por lo general profesores universitarios y gente muy preparada, algunos hasta catedráticos de Economía– que los impuestos bastan por sí mismos para crear miles y miles de puestos de trabajo en el sector público, aunque esos empleos no sirvan para nada más que para dar una paguita a la gente, como soñaba el buen Theobald en sus mejores predicciones. Y podríamos seguir y seguir. Y lo curioso es que las ideas de Theobald, en los años 60, seducían sólo a los más jóvenes, pero hoy en día sueñan con ellas personas ya mayores, o incluso proyectas –el otro día se anunció el fichaje de un anciano de 91 años–, lo que demuestra que el pobre Theobald, después de todo, tenía razón. Lástima que se adelantara tanto a su tiempo.

Desde sus respectivas atalayas nacionales ninguno se olvidará ni de su región ni de sus villas natales

anterioridad a Jovellanos, Valdés se había dado cuenta de que la felicidad de un pueblo se fundamenta en la educación. Él funda primero el Colegio de San Gregorio y el Colegio para doncellas nobles, los dos en Oviedo; pero su gran aportación al campo de la educación, como ya se ha dicho, será la disposición testamentaria para crear una universidad; con ello terminaba el aislamiento intelectual que durante siglos había vivido Asturias. En su testamento dejará también unas rentas para crear un colegio destinado a las niñas huérfanas recoletas de Oviedo. Una institución paralela a esta de Oviedo la creará Jovellanos en Gijón en el así llamado Colegio de Santa Doradía.

Valdés y Jovellanos, a pesar de ser personajes antitéticos en algunos aspectos, tienen ambos un punto de convergencia: su gran generosidad para con Asturias y para con sus villas natales: Salas y Gijón, respectivamente. Del concejo de Salas somos muchos los que hicimos estudios en la Universidad de Oviedo y formamos

parte de su claustro de profesores. Es un privilegio que en el fondo se lo debemos a Fernando de Valdés.

Por eso celebraremos con gozo el congreso internacional que tendrá lugar los

días 23 y 24 del presente mes organizado por la Fundación y Aula Valdés-Salas y el Seminario de Poética del Renacimiento de la universidad Autónoma de Barcelona con ponentes de la Universidad de Oviedo, de otras universidades españolas y del extranjero. Por los restimenes que tengo de las ponencias hay una tendencia a revalorizar la figura histórica del fundador de nuestra Universidad y obispo que fuera de la entonces diócesis de Oviedo. Contar además con la presencia de Monseñor D. José Luis González Novallín, primer gran biógrafo de Valdés, añade un plus a este congreso; esta convención académica de la universidad española es asimismo un reconocimiento a la labor investigadora y docente de este veterano profesor, maestro de generaciones de estudiantes de nuestro “Prau Picón”. Con este gran acontecimiento académico podríamos decir que Fernando de Valdés regresará a su villa natal de Salas con el orgullo de todos los hijos de este concejo.